

CRISTÓBAL COLON.

Capítulo LX.

Los buenos y los malos.

Los extremos se tocan siempre.

La reaccion debe ser tan violenta como la accion, segun una ley que se opera, tanto en el orden físico, como en el orden moral.

Y como la accion habia sido violenta, inícuo y espantosa, la reaccion habia de ser silenciosa.

No parece sino que la voz del remordimiento impone silencio al corazon cuando se ha olvidado la conciencia de aquellos deberes que le ha promulgado la ley natural.

Los protagonistas de tan nefanda hazaña estaban embriagados por sus propios excesos.

No se daban cuenta de lo que acababa de suceder. Pero estaban sedientos de abandonar aquellos si-

tios, que les acusaban de sus iniquidades, y no querian dilatar su marcha.

Y sin embargo de que su crimen era tan inmenso, parecia que lo ignoraban, que no tenian conciencia de sus actos y que estaban satisfechos de su conducta.

Al ménos eso indicaba la alegría que se reflejaba en el semblante de aquellos hombres que, olvidados de lo que se debian á sí mismos, olvidados de lo que debian al almirante, y olvidados de la lealtad que juraron guardar, sólo se inspiraron en el más grosero egoismo para realizar sus miserables planes.

Los autores de aquella rebelion no quisieron aplazar ni un solo momento su embarque, y para el efecto se dirigieron á la playa, donde estaban amarradas y custodiadas por los indios diez canoas, que á los mismos habia comprado Colon el dia antes.

Francisco Martin Porras, que tan ferozmente se habia portado al rebelarse contra su jefe, y al arrastrar á la gente de la nave para dar cima á su propósito, se presentaba entonces como una fiera que tiene á su disposicion la presa y que se dispone á devorarla.

Su hermano el contador, que tan cobarde y menguado habia sido para preparar la sedicion, y que habia temblado ante la idea de que Colon pudiera sorprenderle, se mostraba ya altivo y satisfecho, engreido de su triunfo, y creyéndose superior al gran hombre, á quien tan cruelmente abandonaban, dejándole en aquella apartada region, sin más compa-

ña ni recursos que la lealtad de unos pocos, y una cohorte de enfermos, que reclamaban una solícita asistencia.

—A delante, adelante,—gritaba una voz enronquecida.

—Sigámosle, sigámosle,—decía un sargento que se destacaba entre una turba de soldados.

—No hay que perder un momento.

—¡Hemos triunfado!

—Abandonemos esta sepultura, donde hemos estado enterrados en vida.

—Dejemos á ese hombre que tanto nos ha martirizado, y que nos engaña con falsas promesas.

—Que vengan todas esas canoas.

—Traedlas presto.

—Somos muchos, y tienen poca cabida.

—Ya están aquí.

—¡No precipitarse!

—Id con calma, que aquí no nos manda nadie.

—Mando yo, pero para guiaros y conducir os á salvacion,—dijo el capitán Porras, que se sentía herido en su amor propio de jefe improvisado al oír aquellas frases anárquicas, que conspiraban contra su autoridad.

El cuadro que ofrecían aquellas dos tristes y huérfanas naves era triste y sombrío.

¡Pobres buques, que habían agotado sus fuerzas, y que se abrazaban cordialmente para sostenerse, como guiados por el instinto de conservacion!

¡Pobres buques, destinados á una gloriosa empre-

sa, y convertidos en escenario de una gran iniquidad!

Allí no había orden, ni concierto, ni plan.

Aquello era digna conclusion de una orgía.

Mientras tanto las canoas de los indios se acercaban, y se ponían al costado de las naves.

Los pobres indios que las tripulaban no podían explicarse, ni acertaban á comprender lo que pasaba; pero obedecían á aquel conjunto de voces sin concierto que les mandaba con imperio.

Los insurgentes empezaron á descender de las naves y á colocarse en las canoas.

Y en aquella situación aparece en medio del torbellino la figura de un jóven, demasiado jóven para caracterizarse como jefe de una contrarebelion; pero su sobrada energía y su valiente actitud le prestaban aliento para dirigirse á aquella turba desenfrenada.

Aquel noble jóven era Fernando Colon.

Hijo digno de aquel hombre providencial, no podía ménos de exaltarse en presencia de un hecho tan escandaloso, y ébrio de cólera y de indignacion:

—¡Miserables!—les decía.—Miserables, cobardes, hombres sin honor. Sois hasta indignos de morir por mano honrada.

No podríais defenderos, porque temblaríais ante un valiente.

Marchad, marchad en busca de fortuna, y ya encontrareis el premio de vuestra alevosía.

—¡No hacedle caso, está loco!

—Que lo salve su padre.

—Que perezca con él.

—Bastante hacemos dejándole con vida.

—Bien merece la muerte.

—Ya la encontrarán pronto.

Todas estas frases, que se perdían entre la gritería y la confusión, formaban un gran contraste con la justa indignación que rebosaban las palabras del hijo del almirante.

Y mientras esto sucedía bajaban los unos, saltaban los otros, y todos procuraban colocarse en las canoas, temiendo no encontrar en ellas sitio bastante para emprender tan vergonzosa fuga.

—¡Ellos se salvan, ellos se salvan! ¡Felices de ellos!—decía una voz agonizante.

—¡Ayúdame, ayúdame!—le decía otro.

—No puedo, me faltan fuerzas, me es imposible levantarme.

—Apóyate en mi brazo, paisano, que para las ocasiones son los amigos.

—Gracias, compañero; pero aguarda un momento.

—Mira que no estoy para esperar.

—Déjame coger mi maletilla.

—¡Compadeceos de mí!

—No puedo con dos.

—Andrés, no corras tanto, que me muerdo y tú puedes darme vida.

—Toma la mano, levántate y come.

—No puedo andar.

—¡Pues entonces!

—No me dejes.

—¡Cargo contigo, y adelante!

No debe extrañarnos aquella algarabía, porque era muy natural en la escena que se estaba operando.

Y tampoco deben admirarnos estos rasgos de caridad y compañerismo de los rebeldes.

Si la rebelión es un mal, porque relaja la disciplina y quebranta el principio de autoridad, no siempre los rebeldes son verdaderos criminales.

Al ménos los rebeldes que sirven de instrumento suelen ser á veces crédulos y confiados.

Y en aquella ocasión obedecían muchos de ellos á un supuesto equivocado, no sólo porque creían que el almirante les había engañado, sino por que se habían persuadido de que quedándose en las naves era segura su muerte y huyendo se salvaban.

Por eso mismo no debemos medir con igual vara á todos los insurgentes.

Por la misma razón no podemos calificar á todos con el dictado de traidores é infames, porque muchos de ellos procedían con sencilla sinceridad.

Sólo así se explica esa solicitud que los unos tenían por los otros.

Sólo así se comprenden esos rasgos de desprendimiento y de caridad entre gente que se insubordinó de una manera tan miserable.

—¡Ah! Cuán pocos somos los que quedamos,—decían los más apegados á la disciplina.

—¿Qué vamos á hacer?

—Seguir la suerte de nuestros compañeros que se van.

—¡Pero es tan bueno, es tan valiente el almirante!

—¡Sin embargo, nos comprometemos sin esperanza!

—¡De nada le ha de servir nuestra lealtad!

—¡Tenemos familias!

—¡Tenemos esposas!

—¡Tenemos hijos!

—¡No nos pertenecemos!

—¡Marchémonos!

—¡No se qué hacer!

—¡Es preciso salir pronto!

—¡Que están llenas las canoas!

—¡Saltemos por aquí!

—¡Por aquí!

—¡Ah!... No, no es verdad, no es verdad lo que estoy viendo,—decía una voz trémula, la voz de un anciano, en cuya noble fisonomía se veía el sello de la sabiduría, del valor y de la enfermedad.—No es verdad que Diaz haya saltado á las canoas.

—Sí, sí,—contestaba Fernando Colon á su atribulado padre.

—¡Y tambien Caballero! ¡Y tambien Fuentes! ¡Y tambien... ¡Ah, es imposible! ¡No, no lo creo, ó estoy loco! ¡Estaré desvariando!

—¡No, padre, no desvariáis; es la verdad la que estais viendo! Tambien son miserables aquellos hombres á quien tanto queríais, tambien os abandonan, tambien se marchan y se unen á los que tan ruímente se han amotinado.

—¡No puede ser! ¡No puede ser! Irán á combatir, irán á pelear contra ellos, irán á defenderme.

—Miradlos, padre, miradlos. Mirad qué tranquilamente se han colocado en las canoas.

—Sí, sí, es una triste realidad; es una funesta realidad lo que ven mis ojos.

—Ya no hay duda. ¡Que sobre ellos caiga la maldición de Dios!—decía Fernando, hirviendo en cólera.

—¡Nunca!—exclamó su padre.—¡Nunca! ¡Que Dios les perdone, y que nos preste energía para vencer esta terrible situación! Pero vosotros, vosotros,—les dijo á los que se preparaban para huir en las canoas,—¿vosotros os habeis olvidado de los deberes más sagrados, os habeis olvidado de vuestra bandera, de vuestros juramentos y de vuestra disciplina? ¿Cómo habeis dudado de mí? ¿En qué os he faltado? ¿Por qué me negais vuestra confianza?

—Está desesperado. Bogad, bogad, bogad,—repetían varias voces en las canoas.

—¿Creeis que el hombre que ha descubierto estas regiones para bien de la humanidad y de España es capaz de sacrificaros? ¿Dónde habeis visto mi ambición ni mi codicia? ¿De qué me acusais? ¿Ignorábais, por ventura, que todas las grandes empresas llevan consigo grandes sufrimientos? ¿Ignorais que la gloria sólo se conquista con heroismo? ¿No os dice vuestro corazón que soy incapaz de engañaros?

—¡Que os oigan los indios!

—Predicadles á ellos, que nosotros no necesitamos vuestros sermones.

—Pues tened heroismo para morir, y conformaros con vuestra suerte.

—¡Pobre almirante! ¡Pobre almirante! Y le dejamos para no verle jamás. Era nuestro padre, y le abandonamos,—decía una voz entre sollozos entre cortados y reprimidos.

—¡Me arrepiento, me arrepiento!—le contestaba secretamente otra voz imperceptible.

—Prefiero la muerte á la traicion.

—La prefiero á la ingratitud.

Y se lanzó al agua.

Su compañero le siguió, y las canoas volaban, enmudecidas á la vista de dos hombres, que inspirándose en grandes sentimientos, se arrojaron al mar para sufrir los rigores de la suerte del almirante.

El almirante y su hijo se abrazaron, y dulces lágrimas surcaron sus mejillas.

Los momentos de un sepulcral silencio fueron breves.

Dos hombres subieron violentamente á la nave.

Eran Caballero y Fuentes, los que postrados de hinojos ante el almirante, besaban sus piés y los regaban con sus lágrimas.

Colón y su hijo los estrecharon con el entusiasmo de la más exaltada gratitud.

Capítulo LXI.

Después de la tormenta.

Un historiador, á quien seguimos muy de cerca, porque vá siempre por el camino de la verdad, al llegar á este punto de la historia del infortunado Colón, tributa á su memoria entusiastas y merecidas alabanzas.

En tanto que los hermanos Francisco y Diego Porras y su chusma vagaban con aquel desesperado y triste desenfreno, consecuencia inmediata del abandono de los justos principios, Colón aparecía sereno, majestuoso, confiado, como un hombre que cumple sus deberes, que vive en paz con su conciencia.

Ya le hemos visto esforzarse en consolar á los enfermos, en animar á los leales, en levantar la fé sobre la duda, la esperanza sobre el desengaño, olvi-